

SEMBLANZA DE ANTONIO PASTOR

JOSÉ FILGUEIRA VALVERDE

Nos trae hoy la memoria de Antonio Pastor a la Fundación que él creó y que lleva su nombre. Porque ha logrado perdurar así, doblemente, entre nosotros; no sólo en la tercera vida de la fama, sino también en una institución, que es otra manera de pervivir en obra activa, de mantenerse en la continuidad de los ideales y de las realizaciones que prosiguen amigos y colaboradores. Nos juntamos todavía bajo el estremecimiento del viento del Oeste que en un año ha derribado tantas figuras cimeras. Esta casa estaba presidida por Sánchez Cantón, evocado aquí hace poco por Díez del Corral. Así se unían, en el fomento de los estudios clásicos, dos *ciues praeclari* que se atraían no sólo por la comunidad de formación y de investigaciones, de ideales y de proyectos, sino también por sus propias disparidades de carácter. He convivido y compartido sus tareas en el Instituto de Estudios Gallegos, en la Sociedad de los Bibliófilos, en la Misión Biológica de Galicia, en el Museo de Pontevedra, en este mismo Patronato al que fui traído sin otros merecimientos que los de mi entusiasmo... Era admirable el ver cómo se complementaban, cediendo, aunque aparentasen ser como el fuego y la roca.

En Antonio Pastor había siempre un cabrilleo, un giro de hélice. Se retrataba bien en sus dos grandes aficiones: el yate y el avión. Era la inquietud, la mo-

vilidad, el impulso intuitivo, la sucesión de iniciativas, el regusto de pilotar y la segura sorpresa, pero también, y esto los acercaba, la leal fidelidad. Sánchez Cantón, lógica, autocrítica, rigor, previsión, timidez, reserva, segundos planos, aparente frialdad que velaba auténticos fervores con cordiales displicencias.

Alguna vez comentamos juntos la frase de aquel académico que, próximo a morir, lamentaba no poder escuchar la necrología que de él habría de hacer Sánchez Cantón. Pero Antonio Pastor pudo disfrutar, ciertamente, de una semblanza hecha por su gran amigo en la presentación de una conferencia en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Afortunadamente conservamos sus palabras y puedo leer aquí algunos párrafos. Así lograré no sólo una expresión más certera de la realidad, sino también hacer algo que agradaría mucho a uno y otro.

«Antes de que entre nosotros se anudase el lazo de la amistad —y ya pronto hará un cuarto de siglo— hube de sentir por Antonio Pastor consideración lindera en el asombro, puesto que no se da a menudo el caso —y menos se daba entonces— del español que trueque el disfrute inmediato de la holgura heredable por la lucha, mediante estudio y concurrencia difíciles, para satisfacer aficiones literarias y docentes. No fue el de Pastor el ejemplo, laudable, del pudiente curioso de las Letras o de las Artes que las cultiva como adorno y empleo de sus ocios dorados, sino el singular de quien, dejando holganzas y abandonando intereses directos, se preocupa, ocupa y afa-

na por abrirse una senda personal y por conquistar una posición. Todavía más, Antonio Pastor prescindió de las facilidades que le habría proporcionado su apellido en España y acometió la aventura de buscar un puesto intelectual fuera de ella».

¿Qué podría yo añadir? Encomiaría la formación que aquel hombre excepcional que fue don Ricardo Pastor dio a sus hijos y su feliz provecho para la cultura española en las iniciativas de Margarita y de Antonio. Diría que el auténtico humanista no siente, como una atadura indefectible, la atracción de las finanzas, la posibilidad de una vida sin problemas, el juego de los intereses... Ni la vajilla de plata se interpuso entre Mendelssohn y la armonía, ni el nacer escritor impidió la obra de Ortega. El Fundador de esta casa dispuso pronto de un insuperable instrumental lingüístico: lenguas clásicas, el inglés del Rey, el alemán de Goethe, el francés de Proust... Era un tesoro mucho más valioso que el que podían ofrecerle las posiciones económicas. Y que le enseñó a usarlas con liberalidad.

Fue Antonio Pastor admirable en sus generosidades. Lo testimonian esta Fundación, sus donaciones de azabaches y pinturas al Museo de Pontevedra; pero no fue menor su magnanimidad en la altura y trascendencia de sus iniciativas. También aquí lo atestiguan con elocuencia y lo pregonan el establecimiento del Instituto de Estudios Españoles en Londres, los cursos y conferencias allí organizados a partir de 1928, las enseñanzas de español para adultos, los primeros pasos del nuevo Instituto de España en

## HOMENAJE A

Londres y de la sección inglesa del Departamento de Culturas Modernas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de su biblioteca, los comienzos de la «Fundación Barrié de la Maza» y de otras entidades de su tierra gallega, nunca olvidada por él pese a la distancia en lenguas y en leguas, en enseñanzas y estudios.

Aún hay otro tipo de generosidad que no ha sido omitida por quienes han hecho su etopeya. Antonio Pastor era hombre de lección oral más que de palabra escrita. Y parece que siempre en la enseñanza hablada hay una suerte de dispendio y, en cambio, la publicación puede tener algo de atesoradora avidez. Sus preferencias por la cátedra y por la conferencia le hicieron postergar siempre la edición de sus trabajos. Enseñó en Oxford, en el King's College de la Universidad de Londres, donde sucedió a Fitzmaurice Kelly, y en la Sorbona dio conferencias en las más famosas aulas de la Europa occidental. El descuido en la divulgación de sus escritos justifica que alguno de ellos sea desconocido para muchos españoles. Me refiero concretamente a un libro tan importante como *The Idea of Robinson Crusoe* (Londres, 1930), sobre los orígenes arábigo-españoles del tema, o el ensayo sobre *Spanish Civilisation in the Great Age of Discovery*, incluido en el volumen sobre *The Great Age of Discovery* (Londres, 1932).

Hombre de muchas almas, no podía Antonio Pastor encerrarse en el cercado de una rigurosa especialidad; los títulos citados os lo prueban. Abren y cierran su bibliografía temas del mundo clásico. Se

doctora en Madrid con una tesis sobre Plotino y publica en los últimos años de su vida el *Cicerón perseguido* (págs. 33-76 de *Cicerón*, n.º 3 de los «Cuadernos», 1961) y la *Liberación de Odiseus* (págs. 65-109 de *Tres lecciones sobre Homero*, n.º 10, 1965). Hay entre tanto una serie muy atractiva de trabajos de tema hispánico: sobre la Edad Media y el Renacimiento español, la pulcra edición del Prohemio al Condestable de Portugal, tan importante en nuestra historiografía literaria, con la colaboración del profesor Prestage (*Letter of the Marquis of Santillana to Don Peter, Constable of Portugal*, Oxford, 1927); sobre el caballero español, su psicología y su significado en la vida social, *Spanish Chivalry* (Londres, 1928); sobre nuestro asombroso paisano el conde de Gondomar, *Un Embajador de España en la escena inglesa* (en *Homenaje a Menéndez Pidal III* 1925, 241-261), sin que falten visiones de la Literatura actual (*Contemporary Movements in European Literature: Spain*, Londres, 1928); de la lengua (*Spanish Language*, en colaboración con J. Perry, en la Enciclopedia Británica), de España en general (*Spanish Spain*, Londres, 1937) o del estudio de nuestra cultura fuera de fronteras, especialmente en Inglaterra (*Breve historia del hispanismo inglés*, en *Arbor*, n.º 28-29, 1948, 7-45). Enseñanzas prolongadas en otro tipo de lecciones, pues le era gustoso adoctrinar sobre España desde la B.B.C. o en las cartas al director del *Times*.

Antonio Pastor ha sabido gozar con sencillez de puestos y cometidos codiciaderos para cualquier es-

pañol fuera de su tierra. «Reader» del King's College, «Fellow» elegido por el Senado de la Universidad, Director de los Institutos españoles en Londres, miembro de la Hispanic Society of America, agregado cultural a nuestra Embajada en Londres. Enseñó español a Eduardo VIII, luego duque de Windsor; tuvo íntima amistad con figuras preeminentes en la vida política e intelectual. Pero apreciaba, sobre todo, los grandes o pequeños honores que pudiera recibir en España, las condecoraciones, el título de Hijo Adoptivo de Pontevedra, el ser elegido vocal activo de un patronato o miembro honorario de cualquier club náutico...

Retornaba. Retornaba siempre. Su vida fue como un continuo regresar. En su última preocupación literaria, la vuelta de Ulises, hay mucho de cifra y símbolo de su vivir. Volver a las fuentes clásicas de la cultura, a la religiosidad tradicional, a la vieja cortesía local, incluso a la Banca paterna o a los Consejos de Administración de las Sociedades que su padre había fundado. Reincorporarse así, siempre con Marjorie Ground, admirable esposa y finísima pintora, a la vida de su tierra nativa, pero en una quieta ciudad espiritual, en Pontevedra, y encontrar en ella primero un activo descanso, luego su propia tierra al lado de los mejores compañeros.

En la nave de Antonio Pastor, más que los azares, los presagios o los temores, se sentía la ausencia, la «saudade». ¡Que ahora, amigos, haya sido colmada por la presencia de lo divino!